

REFLEXIÓN TEOLÓGICA SOBRE LA COMUNICACIÓN

Extraído del libro
COMUNICACIÓN misión y desafío - Manual Pastoral de Comunicación Social
 Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) - DECOS 73
 Abril, 1986, Bogotá, Colombia
 ISBN 625-002-4

1. Elementos introductorios

1.1 Evangelización y Comunicación Liberadora

La comunicación como proceso social, vital para la convivencia, nace con el hombre mismo y ha sido potenciada modernamente a través de grandes organizaciones y poderosas tecnologías (DP 1064).

Las comunicaciones humanas, en efecto, pueden ser consideradas como procesos inscritos en la dinámica personal, grupal y masiva que posibilitan la convivencia social, y también como organizaciones sociales que potencian las interrelaciones humanas a través de los modernos medios de difusión. Pero en ambas perspectivas, el término y fin de la comunicación es el hombre, a quien deben someterse todos los medios y técnicas, cuyos usos son, a veces, ambiguos y aún nefastos para el hombre.

La Evangelización como anuncio, celebración y actuación de las nuevas relaciones del Reino de verdad y comunión está llamada a liberar y perfeccionar las virtualidades de nuestros pueblos latinoamericanos para lograr una convivencia más participada y plena.

El proceso de la liberación integral abarca la conversión del hombre latinoamericano desde las dimensiones más profundas de su personalidad hasta el conjunto de las relaciones que lo vinculan con la naturaleza y la sociedad. En la perspectiva un relacionamiento con Dios.

La liberación de la incomunicación es así don y consecuencia de la filiación divina, y a la vez tarea histórica que se deriva de esa gracia. La Evangelización ilumina el horizonte de comprensión de esa tarea: restituir al hombre su verdadera identidad de imagen y semejanza de Dios (Gen 1,26), según la figura del Hombre Nuevo, Jesucristo, que reconcilia a los hombres entre sí y al mundo con su Creador (1Cor 15,28). Por eso, la tarea evangelizadora conduce a la liberación de las esclavitudes que desfiguran el rostro del hombre y de una nueva humanidad más comunicativa y fraterna, y a la superación de las barreras que impiden la reconciliación integral (2Cor, 5,19).

Allí donde el Amor teje nuevas relaciones de comunicación de bienes materiales y espirituales (1Jn 4,16), se gesta el nacimiento y desarrollo del Reino de Dios en la historia, que gime con dolores de parto hasta la plenitud de la comunión final (Rom 8, 10-27).

En resumen, ningún proceso o sistema comunicativo es indiferente al cristiano y a la Iglesia, ya que en ello se juega la dignidad del hombre y "cuando un hombre es herido en su dignidad, toda la Iglesia sufre" (Pablo VI, enero de 1977 - DP 1289).

Más aún, la Evangelización es comunicación de la Buena Nueva de Liberación para instaurar la comunión del Reino de Dios, y, como auténtico proceso de comunicación liberadora, implica en su raíz la denuncia del pecado de incomunicación y el anuncio de la superación de las condiciones opresivas que impiden la comunión, anunciada por Jesucristo. Es tarea de reflexión cristiana discernir a la luz de la fe las manifestaciones de gracia y de pecado que acogen o rechazan la Buena Nueva de Liberación y el don de la Comunión en la situación de nuestro continente. Debemos estar atentos al "paso" del Señor.

1.2 Pautas para la reflexión a la luz de la fe

Si bien el fenómeno humano de la comunicación es tan antiguo como el hombre, ha cobrado actualmente un enorme interés por la expansión tecnológica de los Medios de Comunicación Social.

Aún en el caso de que todavía no hubiera las condiciones para una teoría sistemática y coherente sobre la teología de la comunicación, la Iglesia no puede eludir una reflexión y una mirada profunda sobre los fenómenos comunicacionales, ya que tanto su ser como su quehacer están inscritos en tales procesos.

Desde la recomendación hecha en la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín (M 17), para elaborar una Teología de la Comunicación se han sumado numerosos esfuerzos de agentes pastorales y expertos en comunicación, así como aportes de las Conferencias Episcopales y de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla, cuyas reflexiones han sido en gran parte vertidas en el documento "Hacia una Teología de la Comunicación en América Latina" (DECOS - CELAM, julio 1983).

Obviamente, esto no invalida el esfuerzo que las comunidades eclesiales deben seguir haciendo para iluminar las situaciones concretas en las que se desenvuelven y para responder a los requerimientos de la evangelización en el mundo cambiante de las comunicaciones.

Estos elementos de reflexión tienen en cuenta los anteriores aportes, especialmente Magisterio Eclesial, y buscan estimular ulterior reflexión que alimente una pastoral comunicacional dinámica y eficaz.

La Iglesia Latinoamericana, como Jesucristo, vuelve su mirada hacia la realidad del continente para reconocer y dignificar aquellos rostros ciegos y mudos que la habitan, para devolver la vista a los que no ven o no se les permite ver, suscitar la palabra de los que no tienen voz o son silenciados y, en fin, para establecer un diálogo que lleve a la comunión de los hermanos entre sí y con el Padre.

La siguiente pauta para la reflexión envuelve una cuádruple mirada. Una primera, hacia el hombre latinoamericano envuelto entre luces y sombras de comunicación e incomunicación, destinatario de la Evangelización. Una segunda, hacia Jesucristo, Imagen de Dios, quien con su vida, palabras y obras, viene a anunciar la Buena Nueva de la Liberación y a restablecer el plan de Dios, que es de comunicación y comunión (DP 211). Una tercera, hacia la Iglesia, sacramento de comunión y sujeto de evangelización, que prolonga a través de los tiempos la misión de Cristo para la plena realización de todo el hombre y de todos los hombres (DP 1303-1304). Por fin, la última mirada se dirige hacia algunas proyecciones prácticas de la comunicación cristiana.

1.3 De la reflexión a la acción

El objetivo de toda reflexión a la luz de la fe no es solamente comprender el sentido y la dinámica de la acción cristiana sino también transformar el mundo según el plan de Dios. La verdad sobre la comunicación, inspirada por la revelación sobre el hombre, Jesucristo y la Iglesia, debe verificarse y hacerse creíble al mundo en nuestra práctica cristiana, porque el "verdadero testimonio de los cristianos es la manifestación de las obras que Dios realiza en los hombres" (DP 970). En este sentido, como bien nos recuerda Puebla, "el testimonio es el elemento primero de la evangelización y condición esencial en vista a la eficacia real" (DP 971).

Estas reflexiones han de tener en cuenta, por tanto, que el proceso auténtico de evangelización implica además la comunicación formal a través de símbolos expresamente creados -lenguajes y contenidos que expresan e interpretan la Buena Nueva-, la comunicación amorosa en toda la vida,

a través de gestos y acciones que hacen verdadera la comunicación y testimonian la comunión con el Padre y los hermanos.

La congruencia y coherencia entre el ser y el quehacer del Pueblo de Dios será la señal inequívoca de su autenticidad evangelizadora particularmente en el mundo latinoamericano donde entran en competencia tan diversas ideologías y visiones seudoreligiosas.

La comunión que ha de construirse entre los hombres por la comunicación abarca el ser, desde la raíces de su amor, y ha de manifestarse en todas las expresiones de la vida, aun en su dimensión económica, social y política (DP 215). Pues “La Evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre” (EN 29).

La pretensión de la Iglesia de ser “experta en humanidad” le exige realizar en su interior la verdadera comunicación, con el objeto de que el mundo conozca y comparta el misterio de comunión cristiana de los hermanos entre sí y de éstos con el Padre.

La Iglesia, a su vez, en diálogo con el mundo, reconoce los esfuerzos de los hombres de buena voluntad que trabajan por humanizar la comunicación en todas sus dimensiones, ya que otras formas de comunión, aunque no constituyan el destino último del hombre, son animadas por la gracia, su primacía (DP 218).

La Iglesia convoca a los hombres de buena voluntad, y particularmente a sus miembros, a la tarea de la evangelización, ya que unos y otros son animados por el Espíritu que quiere liberar a toda la creación (1Cor. 15,28).

Y esta liberación integral para todo el hombre y para toda la sociedad humana ha de ser manifestada y comenzada ya ahora en la tierra, aunque sólo más allá de los límites de la vida presente puede alcanzar su cumplimiento (Sínodo, 1974, n. 12,AAS).

Por todo ello la quinta parte propone algunos ejercicios de carácter más práctico, orientados no tanto al aprendizaje de conceptos sino a la verificación de la comunicación en nuestra vida.

2. Cristo, imagen de la nueva humanidad

El plan de Dios sobre el hombre y la nueva humanidad se nos ha hecho accesible en la persona y en la vida de Jesús. En Jesús, defensor de la causa del hombre y de la vida humana, como causa de Dios, se nos hace patentes el sentido de nuestra existencia y el destino de la humanidad, llamada a la comunicación de los hombres entre sí y con el Padre.

El diálogo, iniciado por la condescendencia de Dios y entablado a lo largo de la historia de la salvación, especialmente con el Pueblo escogido (DV 2), culmina, como dice el Vaticano II, cuando “El envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbra a todo hombre, para que habitara entre los hombres y les contara la intimidad de Dios” (Jn 1,1-18).

Y en Jesús, “Imagen de Dios invisible” (Col. 1,15) se nos revela la intimidad de Dios, que es Amor (1Jn 4,8), es decir, donación de sí mismo a otro y, por lo tanto, comunicación. Por El conocemos que la nueva humanidad, rescatada a imagen y semejanza de Dios, está destinada a la comunicación y a la comunión (HTC 76).

2.1 Pedagogía de la Encarnación

La Encarnación de Jesús, por la que Dios se vuelve el “Dios con nosotros” (Is. 7,14), marca el momento cumbre de la comunicación entre Dios y el hombre. El camino de la Encarnación señala

el proceso a través del cual Dios ha comenzado a hacer “pasar” su comunicación por el mundo y la historia, en la materia sensible y en la carne humana.

En Jesús nos encontramos con un Dios cercano e identificado con el hombre, que busca la comunicación y la comunión total, en prolongación del proceso comunicativo de la Familia Trinitaria (Jn. 1,14). Por El, que es la Palabra increada, se nos revela la “Verdad” del Padre (Jn. 14,6), que nos invita gratuitamente a la filiación.

Su Espíritu de Amor nos impulsa incesantemente a volver al Padre, venciendo la muerte y derribando el pecado, que incomunica a los hombres con Dios y entre sí (Rom. 8,15; Gal. 4,6).

Dicho proceso quedará terminado cuando todos aquellos a quienes el Padre comunicó la existencia por su Palabra, eligiéndolos “para ser sus hijos” (Ef. 1,5), hayan vuelto hacia El por su Palabra hecha carne, y en el Espíritu de Amor que aquella comunica. Entonces la comunicación de Dios con lo creado estará completa: se habrá convertido en comunión plena. Y en comunión encarnada, porque “Dios será todo en todos” (Cor. 15,28).

Puebla, aludiendo a esta actitud divina frente al hombre, nos la define como una pedagogía de la Encarnación (DP 272). Es decir, un camino o método mediante el cual Dios va conduciendo al hombre progresivamente hacia formas cada vez más sorprendentes de comunicación y comunión, a partir de la actitud vital de ponerse en lugar del otro. En sentido analógico podemos decir que Jesucristo es la empatía de Dios con el hombre y del hombre con Dios.

Jesucristo asume plenamente la dinámica de la creación, cumpliendo el mandato de “dominar la tierra” (Gen. 1,28), al consagrar las formas de prolongar la natural capacidad comunicativa de su cuerpo (HTC 102). Asimismo utiliza la mediación de signos e instrumentos, asumiendo ambas realidades visibles y corporales que aluden a los dos aspectos esenciales de la comunicación humana: a su dimensión cognoscitiva y a su finalidad unitiva.

En cuanto al término y fin de toda comunicación humana en la comunión, todo proceso permanecerá incompleto mientras se reduzca a la mera información o transmisión: su destino es llegar, a través de ésta, a obrar eficazmente la plena unión en el amor. Todo medio sensible, por su carácter de signo e instrumento para la unión, tiene una cierta potencia “sacramental”, es decir, capacidad para significar y realizar la unión.

Pero es en Jesucristo donde se expresa de modo pleno y privilegiado esta sacramentalidad. El concilio Vaticano II aplica el término “Sacramento” a quien le compete por antonomasia: a Jesucristo, Palabra e Imagen, es decir, signo eficaz, carne visible portadora de Salvación (LG 1)

De esta forma la Encarnación nos revela la verdad del hombre a partir del Dios humanado, que es Amor, es decir, comunicación y comunión de personas, y a la vez Sacramento, medio que conduce a los hombres a la comunión con Dios y entre sí (HTC 106).

Los seguidores de Jesús descubrimos en su mensaje -manifestado en gestos y palabras- y en su praxis -expresada en su acción y pasión- la auténtica imagen de la nueva humanidad, animada por el mismo Espíritu (Rom. 8,29).

Recurrimos a Jesús, no para imitar literalmente a Jesús, sino para responder, como Jesús, a las nuevas situaciones a partir de su Espíritu. Siguiendo a Jesús, inspirándonos en su comunión con el Padre y solidarizándonos con los hermanos más humildes (Mt. 25, 40), compartimos la historia de Dios que en Jesús se vuelve hacia la humanidad, convirtiendo su historia en la historia nuestra.

2.2 El anuncio y la denuncia de Jesús

El anuncio de Jesús, su Buena Noticia o Evangelio, se refiere al acontecimiento de que “ha llegado el Reino de los cielos” (Mt. 4,17). Proclamar el Reino para Jesús significa anunciar el Reino de Amor del Padre, y, al mismo tiempo, manifestarle al hombre su propio misterio y vocación.

Dicha vocación a participar en la comunión, que funda el ser social del hombre, deber ser vivida fundamentalmente en tres planos: como vocación a ser hijo de Dios, hermano de los hombres y señor de la creación. (DP 240-242; 322-329).

Estos tres planos inseparables y jerarquizados entre sí corresponden a las tres grandes dimensiones en que se despliegan la existencia y cultura humanas (DP 322; 286).

Su vocación a ser hijo de Dios en Cristo (Ef. 1,5) es la última y radical dimensión, que constituye el núcleo más profundo del anuncio evangélico. Esta dimensión religiosa y trascendental del hombre funda la inviolable y sagrada dignidad del hombre, pisoteado a menudo en nuestro continente o desvirtuado por el espejismo de la ciencia y/o humanismo ateos. Es, por lo mismo, lo principal que todo cristiano como evangelizador debe anunciar (HTC 113).

La vocación filial es también fundamento y raíz de la vocación a ser hermano y señor. “El hombre moderno no ha logrado construir una fraternidad universal sobre la tierra, porque busca una fraternidad sin centro ni origen común. Ha olvidado que la única forma de ser hermanos es reconocer la procedencia de un mismo Padre” (DP 241). Sólo quien enfrenta la historia según el anuncio y la praxis filial de Jesús como “ser para los demás”, es capaz de convertirse también en señor de ella y de construir un mundo de comunión fraternal (DP 197). El crecimiento de esta fraternidad, inaugurada en Cristo (Rom. 5,15; Ef. 1,9-10), es germen de una auténtica “civilización del amor”, que ha de manifestarse en toda la vida, aun en su dimensión económica, social y política (DP 215), y particularmente en referencia a todos los que sufren. Si todos los hombres están en cierto modo unidos a Cristo, El está especialmente identificado con los pobres y los humildes (Mt. 25, 31-46).

Asimismo, en la adopción como hijos de Dios y hermanos de Cristo somos llamados a participar del señorío del mismo Hijo de Dios, a quien le fue concedido todo lo creado, por haber colaborado fielmente con el Padre en la obra que Este le había encomendado (Ap. 5,6-10).

Por esta llamada a la cooperación con Dios en la creación y en la historia tenemos todos derecho a participar en la aventura divina. Esta participación requiere de la capacidad libre “para disponer de nosotros mismos a fin de ir construyendo una comunión, ya que la construcción de la comunión se funda en el acceso voluntario y consciente a un proyecto común, en el que cada miembro aporta libremente sus capacidades” (DP 321-324).

Tal vocación a participar en el quehacer histórico común según el plan de Dios, no se cumple tan sólo a través del diálogo interpersonal e intimista, sino también a través de las relaciones del trabajo solidario y de la cooperación social de todos los hombres. Dicha participación en el quehacer de Dios es el fundamento del derecho y del deber de participar -como hermano- en el quehacer social de todos los hombres (incluyendo, según el caso, sus etapas de información, decisión y realización): pues es Dios quien ha llamado a todos sus hijos a ser “agentes cooperadores en la realización de su designio en el mundo” (DP 563).

Y si El no excluye a ninguno, tampoco tenemos derecho nosotros a marginar a nadie. La participación resulta así un camino de comunión y, por lo mismo, una formación de comunicación: de esa comunicación de vida y de amor que se realiza mediante las obras. De aquí se sigue, lo

que es muy importante para cualquier labor comunicadora, que una forma de comunicación es más plena mientras se haga de modo más participativo, mientras más invite a una colaboración activa y proclame la participación como un valor constitutivo de la vocación del hombre. Participar es comunicarse, y comunicarse es participar (HTC 118).

Ahora bien, el anuncio de este Reino de Verdad, de Justicia, de Amor y de Paz va unido en Jesús a la denuncia del pecado y de cuanto entorpece las condiciones de libertad, comunicación y participación necesarios para la comunión.

El pecado se opone al Reino, porque erige ídolos en lugar del verdadero Dios de Amor: su propio yo, las riquezas, el poder o el placer absolutizados, a los que trata también de someter y esclavizar a sus hermanos (DP 185-186; 328; 491).

En cuanto ruptura de la comunión, todo pecado destruye también la comunicación y participación, ya que es, por esencia, traición, negación del diálogo, soledad encerrada en sí mismo y marginación (HTC 119).

Precisamente Jesús que es signo auténtico, es a la vez un signo de contradicción contra el pecado que niega la verdad y la vida. El Verbo de Dios se opone a todas las perversiones de la comunicación y a cuanto impide a la comunicación permanecer en la Verdad (1Jn. 2,21-26).

Jesús desenmascara con sus palabras y hechos los mecanismos que sojuzgan la Verdad al imperio de la codicia del dinero (Jn 12,3-6), al dominio del poder abusivo (Jn 7,47-53) y rechazan abiertamente el Reinado de Dios, aun a costa de matar a la Verdad personificada (Jn 19,12-15).

La culminación de la incomunicación es la violencia asesina. Quien no ama, lleva un germen homicida dentro de sí (1Jn 3,15). No basta con ignorar y marginar al otro; se busca primero amordazarlo o destruirle la conciencia, para que no vea ni proclame la verdad que molesta y acusa (Jn 7,13; 12,42), y en una escalada de amedrentamiento, tortura, de muerte a los testigos, y termina conduciendo al Calvario al Testigo de la Verdad y al Autor de la Vida (Jn 8, 37-40) (HTC 121-122).

La perversión de la comunicación es capaz también de producir un remedo pecaminoso de comunión: la unión de las fuerzas del mal, que forman sólidas y disciplinadas organizaciones al servicio del enriquecimiento ilícito, del crimen o de la opresión política (Rom 1,18; Jn 7,32; 18,12).

De esta forma, si bien el pecado es una acción personal del hombre, deja también su huella destructora en las obras y estructuras producidas por éste (DP 281). Tal efecto objetivado del pecado, que presiona hacia nuevos pecados, es lo que Medellín llamó analógicamente, “pecado institucional o de las estructuras” (M 2,16). Puebla amplía dicho concepto cuando dice que los valores como los desvalores (o pecados) de una cultura se expresan en “las costumbres, la lengua, las instituciones, y estructuras de convivencia social” (DP 387). En esta misma perspectiva los medios de comunicación social, como intermediarios de la sociedad, reflejan también en sus mensajes y estructuras las “huellas destructoras”.

La Buena Nueva de Jesucristo contradice esa dinámica del pecado y nos anuncia que, a pesar de todos nuestros pecados, Dios permanece fiel a su designio inicial con respecto al hombre, y que ahora irrumpe en nuestra historia: para liberarnos del pecado y de todas las servidumbres que éste ha generado, para restablecer su comunión con nosotros (HTC 124-125).

2.3 La eficacia de Cristo Liberador

Cristo Evangelizador es nuestro Liberador, porque realiza la reconciliación anunciada y restablece la comunicación y comunión entre su Padre y los hombres (DP 188).

En Jesús se nos manifiesta, así, que el Reino anunciado ya está presente. El mismo es el signo eficaz de una nueva presencia de Dios que nos libera de todo lo que impide la comunicación y comunión de los hombres con Dios y entre sí: el pecado con todas sus manifestaciones y consecuencias.

Con su poder, Jesús perdona eficazmente los pecados y a través de sus acciones portentosas hace ver a los ciegos, oír a los sordos, hablar a los mudos. A los aislados y marginados de la sociedad por las enfermedades y la estigmatización social los reincorpora a la vida del pueblo. Asimismo, sacia el hambre y la sed y muestra que es posible compartir fraternalmente los bienes y la alegría de la tierra (Jn 2,1-12). También participa en las fiestas de su comunidad y pueblo, celebrando la fe en la bondad del mundo, la alegría de la boda, el júbilo popular de la Pascua, y el contacto gozoso entre los hombres.

Al terminar su vida mortal, Jesús nos muestra que la fuerza del amor tampoco se detiene ante la muerte, a la que transforma en el supremo testimonio de su amor al Padre y a los hombres (Jn 15,13). La Eucaristía compendia ese gesto de su entrega por la salvación del mundo, al ofrecer su cuerpo y sangre en comunión, que anticipa la unión definitiva en el cielo. Y ese don apunta a la comunicación más profunda cuando nos entrega su propio Espíritu de Amor (Jn 19, 30; Hch 2,4).

Esta postrera imagen de Jesús en su gesto final es el símbolo de la perfecta comunicación: de un diálogo donde lo que se entrega es la vida y el Espíritu, dando todo lo que había en el propio corazón (Mt 16,5; Jn 6,63).

Además es la prueba de la posibilidad de invertir las consecuencias del pecado en signos eficaces de liberación para el amor y la comunión. Es la forma más radical y eficaz en que Dios ha vencido el mal a través de Jesucristo, transformándolo en fuente de bien (DM 6).

Por fin, la Resurrección de Jesús es el signo mediante el cual Dios ratifica todo lo obrado por El y la eficacia reconciliadora de su muerte. Jesús, resucitado, constituido en Señor de la Historia y Primogénito de la Nueva Humanidad, se convierte en fuente universal del Espíritu, que impulsa a todos los hombres, hechos hijos de Dios, a un dominio cada día más perfecto del mundo, a una comunión de hermanos cada vez más lograda, y a la plenitud de comunión y participación que constituyen la misma vida de Dios (DP 197). Esta dinámica liberadora de Jesucristo en la historia nos descubre la dirección a la que apunta su Espíritu: la participación de todos los hombres para alcanzar la comunión.

Dios llama a cada hombre, como hijo suyo y hermano de Jesús, a ser “agente activo”, “cooperador” y “protagonista” (DP 213, 293), para forjar la historia en Alianza, como Pueblo y multitud de hermanos (Rom 8,29). Ninguno tiene, por tanto, derecho a excluir a otro de esta obra que Dios quiere que sea común tanto en el quehacer social como eclesial (DP 276).

Así los caminos de la participación, que apunta hacia la comunión, aparecen como criterio para valorar el grado de apertura liberadora que ofrezca un sistema social o una cultura, incluida la ideología. Y este mismo criterio que Puebla utiliza para juzgar la realidad social y eclesial, sirve también para juzgar los Medios de Comunicación Social: según la participación y unidad que produzcan (HTC 213-214).

2.4 Cristo, el perfecto Comunicador y Preceptor

Jesucristo constituye, en su vida humana, además del signo auténtico, el modelo coherente del perfecto comunicador por sus palabras y actuaciones (DP 11).

Veamos algunos rasgos más resaltantes, que pueden inspirar las tendencias del comportamiento de sus seguidores:

En primer lugar, Jesús manifiesta la importancia de las actitudes vitales profundas para propiciar la comunicación. Se sitúa en medio de su pueblo y de su historia, se adapta a su cultura y lenguajes, en una palabra se encarna con una cercanía vital. Su lenguaje es directo y situado. Parte del lenguaje de la vida cotidiana, sin rebuscadas abstracciones teóricas, y estimula la reflexión en base a situaciones concretas o parábolas que cristalizan la experiencia común (Lc 15,32; 15,7; Mt 13,44). Pero, aunque inserto en una cultura, interpela a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1,9). En efecto, a pesar de su cercanía a Israel, trasciende los condicionamientos particulares de su cultura y, hablándole a su propio pueblo, habla también a todos los pueblos de todos los tiempos. El es capaz de unir al carácter de interpelación personal la apelación a la conciencia de todos y cada uno de los hombres (Jn. 2, 25; 3,1). Porque El conoce lo que hay en el interior de cada hombre, y así su palabra viva resuena más allá del espacio y del tiempo.

En segundo lugar, y no obstante el universalismo de su mensaje, Jesús nos recuerda que toda comunicación, en la medida que apunta a la comunión, debe tener siempre como destinatarios preferenciales, a los marginados. A través de su amor preferencial, no exclusivo, por los pobres, nos muestra la perspectiva desde la que hay que comprender y realizar la salvación de todos los hombres (Lc. 4,18; Mt. 5,3; 12,48; 13,55). Decodificando su mensaje en la evangelización de los pequeños y los pobres, resplandece con nitidez la clave más profunda de su Evangelio: la misericordia absolutamente gratuita del Padre, que, buscando sólo darse se dirige con preferencia a los que menos tienen, a los más pequeños y vacíos (DP 1142).

En tercer lugar, al relacionarse y tratar con las personas adopta actitudes respetuosas y suscitadoras de libertad. Cada persona que entra en su contacto se siente dignificada e invitada a crecer hacia una liberación total: personal, social, escatológica (Mt. 9,9; Lc. 6, 15; Jn. 7,37; 8, 15; Lc. 19,1).

Jesús no trata de inculcar, imponiendo creencias, sino más bien busca desideologizar para promover la plena libertad de los hijos de Dios. Así desideologiza la religión de su pueblo, purificándola de todo elemento opresor y esclavizante, introducido por las elaboraciones teológicas de rabinos y fariseos; también la libera del formalismo ritual y externo, suscitando el dinamismo de la conciencia para ampliar los horizontes de amor y libertad (Mt. 5,21; 23,4; Mc. 2,27; 7,15; Lc. 14,1; Jn. 8,5).

Este sentido crítico le lleva a salvaguardar a las personas sobre las cosas, desvelando los mecanismos de poder, ideológicos, políticos o religiosos, con que se busca instrumentalizar a los hombres y mantener subyugada la conciencia del pueblo (Mt. 22,21; 20,25; 21, 31; Mc. 10,31; Lc. 13,23). A veces su crítica se manifiesta con dureza y aun violencia, cuando percibe la violación de la dignidad humana (Jn. 2, 13; Mt. 23, 13; Jn. 2, 17).

Habitualmente adopta una actitud dialógica y estimula la comunicación interpersonal: milagro de Caná (Jn. 2, 1), las conversiones de Nicodemo (Jn. 3,1) y la Samaritana (Jn. 4,1), la curación del parálitico en la piscina (Jn. 5, 1), la curación del ciego de nacimiento (Jn. 9,2).

De esta forma Jesús transforma a los receptores pasivos, acostumbrados a repetir respuestas mecánicas, en perceptores libres, críticos, creadores y, por lo tanto, auténticamente comunicadores.

En cuarto lugar, Jesús es un modelo de audacia y valentía personal en la proclamación de su mensaje, independientemente de la actitud que tiene frente a sus interlocutores, su fuerza proviene de su íntima confianza filial en el Padre, que nunca le deja solo (Jn. 8, 29).

Por la fuerza de su amor al Padre no transa o se acomoda a lo existente, ni se deja frenar por

ningún temor, aunque sepa que lo quieren matar (Jn. 7,14 - 25; 18, 19 - 21). No teme actuar a la luz pública (Jn. 11,6 - 10); expulsa a los mercaderes del templo (Jn. 2,13-22), se sitúa más allá de la violencia de este mundo (Jn. 18,36), y, ante la muerte, conserva la libertad de quien se sabe Señor de la vida (Hch. 3,15).

En quinto lugar, Jesús sabe seleccionar y utilizar los medios y modos de comunicación más adecuados para cada circunstancia. Por eso lo vemos expresándose a través de aquellas formas de comunicación naturales al hombre: palabras, gestos y actos del hombre. Recurre también al uso de las Escrituras Sagradas (Lc. 4, 16), complementa la expresividad personal de su cuerpo mediante el uso simbólico de cosas naturales (Jn. 9,6; Mt. 26,26; Mc. 14,22; Lc. 24,30). Sabe intimar en la comunicación interpersonal (Jn. 3, 1), hablar a un grupo, predicar en la Sinagoga (Mt. 12,9; 13,54; Lc. 13, 10; Jn. 18,20) y dirigirse a las muchedumbres abiertas (Me. 6,20; Lc.7, 1; 19,48; 20,45).

En sexto lugar, Jesús realiza de modo pleno la meta de toda comunicación, que es conducir a la comunión. No comunica sólo ideas o sentimientos, sino que, a través de sus palabras, se entrega El mismo como Palabra viva. Su comunicación es "espíritu y vida" (Jn. 6, 63) y se expresa plenamente en la Eucaristía y en el don del Espíritu (Jn. 14,26).

Por fin, como perfecto comunicador Jesús es también un modelo de perceptor ante los mensajes de su Padre y nos revela la praxis que nos permitirá hacer de nuestra vida un continuo diálogo de alianza filial con El (DP 276-279). Y esta misma actitud de escucha es la que se manifiesta en la acogida y diálogo de todo tipo de personas necesitadas de liberación. Acepta preguntas sinceras (Jn. 3, 1) y aun capciosas (Lc. 10,29); sabe responder con el silencio (Lc. 23,9); atiende a grandes (Lc. 7,11; Jn. 3,1) y pequeños (Lc. 16; 18, 15-18 ss).

En María, su Madre, la "perfecta discípula" (DP 296) se nos ofrece también un modelo preclaro de apertura a la Palabra del Padre. En la Anunciación está a la escucha y sólo tras un discernimiento da su aceptación (Lc. 1, 27ss), medita los acontecimientos en su corazón (Lc. 2, 51). Como colaboradora de Jesús, María encarna de forma preciosa la apertura propia de los pobres ante el Dios que se les comunica y los salva (Lc. 1,46-55) (HTC 218).

No obstante su divina maestría y los muchos signos, su mensaje topó también con el fracaso, debido a la incredulidad del pueblo y de sus parientes, las autoridades políticas y religiosas, y la incompreensión de sus propios discípulos (DP 192).

Tal choque condujo dramáticamente a su muerte. Bajo este aspecto, el camino de Jesús también es paradigmático para todo evangelizador: la comunicación del Evangelio estará siempre sellada por el Misterio Pascual, Muerte y Resurrección, que necesariamente deberán vivir aquellos que los anuncian. Pero no terminará en la muerte, que ya Jesús venció en la Resurrección (HTC 154).

Desde la Resurrección de Jesús, el desarrollo de la comunidad y la renovación del mundo, de acuerdo con la praxis del Reino de Dios, son los encargos que sus seguidores asumen como misión para continuarlos y llevarlos a lo largo de la historia.

3. La Iglesia, signo de la comunión universal

El seguimiento de Jesús y la construcción del Reino de Dios sólo podemos realizarlo en términos de comunidad cristiana, es decir, de Iglesia que sigue la causa de Jesús. Fundada por Cristo, la Iglesia constituye su extensión misteriosa (Heb. 10,5), porque "prolonga en la tierra, fiel a la ley de la encarnación visible, la presencia y la acción evangelizadora de Cristo" (DP 224).

Conforme al mandato que El mismo le dio (Mt. 28,18-20), después de la Ascensión, ella es su nuevo órgano de presencia y comunicación visible. Unida a El, la Iglesia es "sacramento", esto es

signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, que ella debe impulsar hasta la comunión universal en Cristo (LG 1). La Iglesia latinoamericana anuncia así lo que ha visto y oído y da testimonio de la Vida manifestada en Jesús para que todos estemos en comunión y el gozo sea completo (1 Jn. 1-4). Y, como Jesús, que se expresó no solo en palabras sino también en un rostro, gestos y hechos humanos, que se pueden ver, contemplar y tocar, su anuncio debe saber realzar todos los aspectos (HTC 179).

3.1 Iglesia, comunicación y comunión

Tal misión la cumple la Iglesia evangelizando, es decir, comunicando a los hombres todo lo que ella ha recibido de Cristo. Esa es su propia forma de servir al mundo (DP 270-271). Pero la misión evangelizadora de la Iglesia no sería auténtica y congruente si su mensaje no fuera avalado por la revelación de la experiencia y práctica de la misma Iglesia, aun en su condición peregrinante, pues, aunque en esta vida no se alcance la comunión plena, la Iglesia está llamada a expresar perceptiblemente a través de su mensaje y vida, como Jesús, momentos de una salvación definitiva.

De esta forma la Iglesia se constituye en "sacramento", es decir, en signo eficaz de salvación, en cuanto su manifestación visible es expresión de una vida que realiza, aún imperfectamente, la liberación y la reconciliación para que participemos de la comunión con Dios y seamos en El un solo Pueblo.

El día de Pentecostés el Espíritu Santo la hizo partícipe de este misterio (1 Cor. 3, 10-17; 2 Cor. 6,6 ss; Ef. 2,20 ss; 1 Pe 2, 5). El testimonio de comunión vivida de los primeros cristianos constituyó la prueba más evidente y palpable de que el Dios-Amor estaba con ellos (Hch. 4, 41-42; 5,32-35). Pues en ella todo se compartía y ponía en común. Así, a través de esta imagen, la Iglesia daba respaldo de autenticidad y fuerza atractiva a la Palabra de comunión que ella misma proclamaba. Palabra que a su vez se comunicaba, y se sigue comunicando, para crear nuevas comunidades y extender así a otros su misma vida de comunión filial y fraterna; y para ayudar a los hombres, mediante la gracia de Cristo, a superar sus divisiones e ir ahondando en la calidad de su propia comunicación humana, de modo que, más allá de las simples relaciones utilitarias o informativas, ella les vaya conduciendo progresivamente hacia una verdadera comunión en el amor capaz de volverse "completa" (LG 1) mediante la fe en Jesucristo (HTC 157). La vida entera de la Iglesia no constituye, por lo tanto, sino un gran y global proceso de comunicación: "Voz", "Imagen", "Signo e instrumento" de comunión.

Para que seamos servidores de una comunión universal de la fe y la caridad, se requiere una condición fundamental: el permanente esfuerzo por una vida de santidad (1 Pe. 1,16; LG 39-42) (DP 250-253), es decir, de total apertura al Dios-Comunión.

La fecundidad de su misión comunicadora no se juega en primer lugar al nivel de habilidades técnicas o de medios humanos, sino en el de su santidad. Pues en la misma medida en que el pecado contamine a la comunidad eclesial, se opacará la transparencia del signo que la Iglesia debe ser y se debilitará su eficacia como instrumento de comunicación y comunión.

En una palabra, nuestro destino y reto como Pueblo de Dios en América Latina es ser sacramento de salvación universal, y nuestra tarea, estar al servicio de la comunión de los hombres entre sí y con Dios.

3.2 La Iglesia Evangelizadora y Liberadora

El anuncio y la denuncia por la construcción del Reino de Dios son las vertientes de la evangelización que Jesús le encomendó. Como continuadora de la misión profética de Jesús, la Iglesia proclama su Evangelio anunciando y denunciando. Su anuncio no consiste tan sólo en

repetir las palabras de Jesús, sino en saber discernir también los caminos y las "semillas" de comunión que el Señor está ofreciendo en cada momento a los hombres, a través de las diversas situaciones históricas que viven (cfr. DP 267).

Del mismo modo su denuncia debe referirse a la presencia del pecado en la vida concreta de las personas y de los pueblos: para señalar lo que está siendo factor de ruptura con el Padre y con los hermanos (ibid.), y para llamar a la conversión, exigiendo renunciar a la mentira, al egoísmo y la injusticia. Esto supone que ella asuma las situaciones conflictivas del medio social y cultural en que vive, con la misma decisión, audacia y valentía que dio testimonio Jesús. El discernimiento de situaciones que esta labor profética implica debe hacerlo la Iglesia a la luz, de la oración, del Evangelio y también de la Enseñanza social de la Iglesia (cfr. DP. 470-479).

En su acción evangelizadora de anuncio y denuncia la Iglesia cuenta con un medio privilegiado del que Dios se sirve para su comunicación con nosotros y que, verdaderamente, es un todo semejante a nuestros medios humanos: aquel libro o colección de libros que llamamos la Biblia. Esa "verdad profunda" y salvadora que la Biblia comunica, y que da sentido a la historia humana, es una "Verdad" (Jn. 14, 6) viva: Jesucristo, con la "insondable riqueza" (Ef. 3,8) de su persona, de toda su vida, palabras y hechos, que asume la experiencia de su pueblo y la trasciende. Esta palabra de Dios no se ha fosilizado, sino que continúa viva y operante, pues la tradición apostólica que la Biblia contiene sigue "creciendo" en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo, y va transmitiéndose de una generación a otra en una forma eminentemente dinámica y vital por la creatividad renovadora del mismo Espíritu (DV 8 ss).

Es cierto que la comunicación de Dios nos llega a través de las palabras, afirmaciones y verdades humanas, pero sólo se identifica con la persona de Jesús. Por lo mismo, el anuncio evangelizador no debe concentrarse en la repetición de fórmulas y en la precisión de verdades teóricas, sino en conducir al contacto vivo y personal con Aquél que es la Palabra, la Verdad y la Comunicación sustancial de Dios.

Este proceso de encarnación del Evangelio en las nuevas culturas y su potenciación a través de los nuevos medios de expresión, son dos de los grandes retos de la Iglesia en América Latina (DP 201, 398), aun sabiendo que la Palabra personalísima de Dios trasciende siempre los límites de las realidades y los medios humanos en que se encarna. (TC 184).

Como Cristo, también la Iglesia está llamada a ser un signo eficaz, que realice una nueva presencia de Dios que nos libera de todo lo que impide la comunicación y comunión de los hombres con Dios y entre sí.

De este modo, al igual que Jesús, la Iglesia está llamada a pasar por la historia obrando prodigios de comunicación liberadora: abriendo los ojos, los oídos y la boca de los hombres. Para que descubran la nueva luz de amor que resplandece en Cristo y su Evangelio, y que ella, reflejándola en su propio rostro, debe hacer brillar como "luz de los pueblos" (LG 1).

Para que escuchen la palabra de perdón que el Padre les dirige, y su llamado a reconciliarse con El y los hermanos. Y para que olvidando el lenguaje de Babel y aprendiendo el de Pentecostés, sean capaces de entablar con El y con los hombres un verdadero diálogo de amor.

Todo esto supone también que ella les enseñe a multiplicar el pan de la tierra, no ya para acapararlo entre unos pocos, sino para compartirlo entre todos, conjuntamente con el vino de la Alegría: de la misma manera en que ella lo hace con el Pan y el Vino de Cristo.

Asimismo, la Iglesia debe luchar sin cesar contra la lepra de la miseria y de la injusticia, que margina a tantos de la participación social, haciéndoles difícil creer que la vida aquí en la tierra

pueda ser camino y preparación para el banquete y la fiesta de comunión que el Padre nos prepara en su Reino (HTC 158).

Portadora, pues, de un mensaje de liberación integral (DP 480-490), ella debe proceder en su actuación pastoral buscando el tipo de eficacia propio de Jesús con una actitud de sagrado respeto ante la libertad del hombre y con una revisión permanente de todo lo que pudiera haber de presiones indebidas, de ideologización y manipulación, en su lenguaje, posturas u organización pastoral.

En el plano social, debe saber identificarse siempre con la causa de la dignidad y los derechos del hombre: confirmando con hechos la Palabra que predica.

En América Latina cada comunidad eclesial debería encarnar un modelo concreto de la forma de responder, desde el Evangelio, a los grandes desafíos que hoy enfrenta el Evangelio. Para ello, debería esforzarse por constituir para el continente un ejemplo de modo de convivencia donde logre aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el Espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y, sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de liberación o comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse, y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre (DP 273) (TC 165).

3.3 La Iglesia según el modelo de Cristo Comunicador

En el cumplimiento de su misión comunicadora de la Buena Nueva, la Iglesia debe inspirarse en el modelo de su Señor, ya que El es la imagen de la nueva humanidad y el paradigma del evangelizador. Veamos a continuación aquellos rasgos, expuestos al presentar a Cristo Comunicador y Perceptor perfecto, que pueden inspirar la acción y conducta de la Iglesia.

En primer lugar al igual que Jesús, la Iglesia debe adoptar una actitud de cercanía a los hombres y a los pueblos. Para evangelizarlos "desde dentro" (CP 11) la fe debe encarnarse en cada cultura, asumiendo sus valores peculiares y enriqueciendo sus propias riquezas (cfr. DP 400-407). Tal encarnación ha llegado a ser real cuando un pueblo ha sido capacitado para expresar su fe en los diversos lenguajes, verbales y no verbales, de su cultura original. De otro modo, mientras la fe no haya penetrado "hasta sus mismas raíces la cultura y las culturas del hombre" (EN 20), la evangelización será meramente "decorativa", como un barniz superficial (ibid), y se verificará lo que aquella importante máxima nos recuerda: "Lo que no es asumido no es redimido" (San Ireneo; cfr. DP 400, 469).

Puebla ha significado un gran paso adelante en la marcha de la Iglesia por mirar con mayor empatía y cariño la cultura, la historia, las costumbres y el lenguaje de nuestros pueblos, especialmente los que expresan la búsqueda religiosa de los más pobres y sencillos (DP 444-469).

También, siguiendo a Jesús en el desempeño de su tarea evangelizadora, La Iglesia asume su voluntad de universalismo y trata de dirigirse a todos sin excepción, trascendiendo las diferencias entre grupos, razas y pueblos. Esta voluntad salvífica se expresa en su decisión de ser ella misma un Pueblo grande y universal que penetra los demás pueblos para ayudarlas a hermanarse y crecer hacia una gran comunión (DP 426-427).

Ello supone un diálogo real con las multitudes, que supere las barreras de un elitismo estrecho e intimista y se traduzca en una seria evangelización de la religiosidad popular (d. DP 444-469). Una dimensión importante de este universalismo es también el diálogo ecuménico (DP 1096-1127), y

el discernimiento de la no creencia, ya que "no raras veces los no creyentes se distinguen por el ejercicio de valores humanos que está en la línea del Evangelio" (DP1113).

Pero a la vez la Iglesia debe conceder especial atención a aquellos centros de comunión donde el diálogo evangelizador puede ser más personalizado y profundo, como las familias y las Comunidades Eclesiales de Base, de modo que estos núcleos más comprometidos se entiendan a sí mismo como "fermento en la masa" (DP 462) y se inscriban "vitalmente" en la estructura más amplia y universal del conjunto del Pueblo de Dios (DP 261; 1215) (HTC 163).

En segundo lugar, para que el gran signo mesiánico de Jesús resplandezca también en su vida, la Iglesia dentro de su apertura sin restricciones a todos los hombres, debe amar preferentemente a quienes fueron los predilectos de su Señor. "a los pobres, los enfermos, los desposeídos, los desamparados, los agobiados. . . descubriendo en ellos la imagen de Jesús pobre y paciente" (Juan Pablo 11, Puebla, Discurso inaugural 111, 6: DP 489). Es la opción preferencial por los pobres, que la Iglesia por fidelidad al Evangelio y escuchando el clamor de los millones de pobres de nuestro continente adoptó en Puebla con decisión y claridad (DP 1134-1165) (HTC 164). De ahí que la Iglesia, en el uso de sus medios propios, debe ser cada día más la voz de los desposeídos, aun con el riesgo que ello implica, y sin dejar de promocionarlos para que se valgan por sí mismos (DP 1134,477) (HTC 164).

En tercer lugar, la acción evangelizadora de la Iglesia será dialógica, al estilo de Jesús, propiciando una pedagogía activa y participativa en la catequesis, estimulando la reflexión y la iniciativa personal en la educación de la fe, haciendo madurar la conciencia personal y social en la CEB, expandiendo la libertad de hijos de Dios en la comunidad eclesial, y ejerciendo también su función profética frente a los mecanismos de poder, ideológicos, políticos y religiosos, que degradan la condición humana y obstaculizan la comunicación para la comunión. (DP 350; 407; 621; 781; 982; 1024; 1045; 1054; 1077).

En cuarto lugar, la Iglesia basa su fuerza en la confianza filial al Padre y en el don de fortaleza con que el Espíritu de Jesús la anima. Especialmente, debe mostrarse abierta a todos sin hacer "acepción de personas" (1 Pe. 1, 17), con una postura de misericordia y de interés por los problemas de cada hombre, asumiendo la solicitud del Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas. Debe, también, en la medida de lo posible intentar dejar en claro que no solidariza con el pecado de aquellos a quienes se acerca para evangelizar y salvar -pecado que puede ser personal o estar encarnado en las ideologías o estructuras que dichas personas profesan o dominan- siendo conscientes de que, constantemente, distintos grupos buscarán instrumentalizarla de uno u otro lado (DP 558.561) Y no desanimándose cuando, como a su Maestro, la entiendan mal y tergiversen, o injustamente la condenen.

En quinto lugar, en cuanto a los medios, la Iglesia debe evangelizar, fundamentalmente, siguiendo la dinámica encarnatoria de Jesús, es decir, a través de todo lo que ella es: "mediante el testimonio global de su vida" (DP 272), que incluye todo lo que ella hace y dice y también todas las posibilidades y formas de comunicación que le brinde el espacio cultural dentro del cual vive.

Ello invita en América Latina a encarnar el Evangelio en expresiones cada vez más concordes con los valores, el lenguaje antropológico y los símbolos propios de nuestra cultura o subculturas (cf. DP 404), con los desafíos y problemas concretos que enfrenta y, también, con los modos de comunicación vigentes en ella, tanto tradicionales como modernos.

Sin embargo, en lo que toca a los medios de comunicación social, conviene tener en cuenta el siguiente e importante criterio, que apunta hacia la evangelización de las nuevas instancias culturales: "hay que atender hacia donde se dirige el movimiento general de la cultura más que a sus enclaves detenidos en el pasado; a las expresiones actualmente vigentes más que a las meramente folklóricas" (DP 398). Esto significa que la Iglesia debe abrirse con especial interés a

los medios electrónicos. Ellos jugarán, sin duda, un papel decisivo en el futuro de todas las culturas y pueden ser fuente de abundante "novedad" en cuanto a la comunicación del Evangelio.

En sexto lugar, la Iglesia, sacramento de la comunión universal, está urgida por el Espíritu de Jesús a conducir toda comunicación hacia la comunión. La pedagogía de la Encarnación nos enseña, por otra parte, que los hombres necesitan modelos preclaros que los guíen, experiencias que alimenten la esperanza. Es, pues, un reto para el Pueblo de Dios en América Latina ser "modelo vivo" del tipo de convivencia social y de comunión a que Dios llama a la humanidad.

Esta experiencia fundamental se expresa a través de todos los sacramentos, verdaderos medios de comunicación para el crecimiento del Pueblo de Dios, pero hay entre ellos uno que constituye la cumbre y corona de todos: la Eucaristía. Aquí nos encontramos ante un acto donde la Iglesia entera, congregada como comunidad, expresa del modo más pleno posible, mientras dura su peregrinar por la tierra, el misterio de comunión en Cristo de que ella es portadora. La Eucaristía es la gran fiesta donde los cristianos, en un ambiente de alegría y cantos, damos gracias por nuestra vocación a la comunión (HTC 168).

A través de las palabras consecratorias del pan y del vino, culmina la capacidad de la palabra humana y de las cosas creadas para servir como medios o instrumentos de comunicación y comunión entre Dios y los hombres. Pues si bien en todos los demás sacramentos, las palabras del ministro o las cosas que en ellos intervienen adquieren eficacia para comunicar la gracia de Dios, aquí logran hacer presente y comunicar al mismo Dios de la gracia en Persona, encarnado en Jesucristo. La Eucaristía es memoria y actualización del sacrificio pascual del Señor.

La participación en la Eucaristía nos compromete a convertir toda acción en un esfuerzo creador de cosas que sirvan, no para satisfacer nuestro egoísmo, sino como medios que faciliten la comunicación y el encuentro con Dios y los hombres, como lo hacen el pan y el vino sobre el altar. Si, fortalecidos con el alimento de Jesús, lo hacemos así, entonces toda la vida y la historia se irán convirtiendo en una gran Eucaristía; en vida e historia de comunión. Si nada cambia en nosotros, querrá decir que hemos comido y bebido indignamente el Cuerpo y Sangre del Señor (1 Cor. 11,27 ss), introduciendo un elemento de falsedad e incomunicación en el acto más noble que es dado celebrar a los hombres (HTC 171).

Finalmente, para que todo esfuerzo evangelizador de la Iglesia se encamine invariable y consecuentemente a la misma meta de Jesús, obrar la comunión con Dios y entre los hombres, ella necesita hacer suya la actitud acogedora de Jesús, el perfecto perceptor.

Para ello le ayudará mantenerse atenta al querer del Padre para cumplir su voluntad, discerniendo los "signos de su Providencia" a la luz del Espíritu a través de la historia. En el fondo, aquí se trata de tomar en serio el hecho de que los cristianos constituimos un solo y mismo Cuerpo de Cristo. Es cierto que la última palabra en la tarea de discernir la verdad corresponde a aquellos que hacen a Cristo visiblemente presente como Cabeza de este Cuerpo (DP 258), pero al Cuerpo entero corresponde buscar dicha verdad, recibiendo los "datos" que cada uno de sus miembros esté en condiciones de proporcionarle: pues la mano puede descubrir aspectos de la verdad que ni el ojo ve ni el oído escucha (DP 1305).

Más aún, teniendo en cuenta la costumbre de Dios de escoger como mensajeros suyos a los pobres y humildes, ha de atender a aquellos "miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, pero no por ello prescindibles" (1 Cor. 12,22) (HTC 214) (DP 974).

Asimismo, como María, en una actitud de Anunciación prolongada, la Iglesia permanecerá cercana y atenta a las necesidades de los pobres y de todos los hombres del continente, tal como ella lo estuvo frente a Isabel y en Caná, completando la acción redentora de Cristo (Col. 1,24; Mt. 25,31 ss). Al mismo tiempo, María recordará a la Iglesia que el servicio más liberador que puede

prestar a los hombres es el anuncio del Evangelio: pues mediante él los conduce "hacia el Reino de su Señor, el único de quien ella (la Iglesia), junto con la Virgen María, se proclama esclava y a quien subordina todo su servicio humano" (DP 271). De este modo sirviendo al Evangelio, la Iglesia "sirve a la vez a Dios y a los hombres" (ibid. HTC 166). Por fidelidad a Dios y al hombre, la Iglesia debe dedicar especial interés a todo lo que suceda en el ámbito de la comunicación humana, porque el mensaje del que ella es portadora incluye una revelación particular sobre el hombre, destinado a construir la comunión universal según el Espíritu de Jesús, imagen de la nueva humanidad. Su sensibilidad para captar los valores relacionados con la ética de la comunicación, que atañe a todos los hombres, su vocación evangelizadora para hacerlos partícipes de la Buena Nueva y de su comunicación a través de los agentes pastorales, y su permanente referencia a la acción salvadora de Jesús, celebrada en la liturgia, inspirarán las respuestas a los sufrimientos y aspiraciones de nuestros pueblos, llenos de esperanza que no podrán ser defraudadas" (DP. 1308).

4. Perspectivas de la comunicación cristiana

La Iglesia, como signo de comunión universal, durante toda su existencia, desde la conducta ético-religiosa, hasta la acción pastoral y la expresión litúrgica de sus miembros, ha de reflejar que la gracia de Dios se ha hecho visible, trayendo en Cristo la salvación para todos los hombres (Tit. 2,11).

El problema de la comunicación liberadora como "hecho global que afecta a todas las relaciones humanas y a la misma pastoral" (DP 1074), plantea la necesidad de superar aquella visión reductiva, que limita la acción comunicacional al uso de los medios técnicos de difusión masiva. No debemos olvidar que por la comunicación la Iglesia se relaciona internamente y se proyecta a la humanidad (DP 1065), que por "el anuncio del Reino que es comunicación" (DP 1063) realiza su misión evangelizadora y pastoral; y que, por la liturgia, que es en sí misma comunicación (DP 1086) la Iglesia vive el profundo misterio de la relación con Dios.

El pueblo de Dios, sacramento universal de salvación, marcha unido a la suerte de todos los hombres por su condición humana, y por ello está comprometido a poner al servicio del hombre latinoamericano y del bien de la humanidad los procesos comunicacionales y las innovaciones que surgen continuamente.

En este sentido, el primer y gran desafío para la Iglesia latinoamericana es de carácter ético. Este es un reto que se deriva de su vocación por la defensa y promoción de los derechos humanos (DP 146), de su compromiso por la liberación de cuanto oprime al hombre (EN 9) y de su misión de ser signo e instrumento de unidad (LG 1). Más aún, es una de las condiciones de su credibilidad. Esta tarea es ineludible para todo cristiano, convocado a construir la civilización del Amor (Mensaje a los Pueblos de América Latina, DP 8).

Ahora bien, el servicio eclesial y específico y que solo la Iglesia puede prestar es la evangelización formalmente dicha, que se traduce en la acción pastoral de los miembros de la Iglesia cuando actúan conjunta y orgánicamente para conducir a los hombres a la construcción del Reino, especialmente en la acción litúrgica, fuente de donde emana la vida de comunión con Dios, que nos amó primero y nos convoca a congregarnos en comunidad.

Las insuficiencias y pérdidas en este servicio integral o las incoherencias que surjan implican una lesión al ser y quehacer de la Iglesia (DP 969).

4.1 Compromiso cristiano y comunicación social

Si la gloria de Dios es que viva el hombre ("gloria Dei vivens homo": S. Ireneo) la praxis del Reino no puede estar dissociada del quehacer por una vida plenamente humana (S 1, 22). La

interpretación de fe basada en el Evangelio no exige de un análisis racional de la conducta humana y de las estructuras sociales, pero, a su vez, enriquece el juicio moral y la praxis ética.

En este sentido la Iglesia desempeña el papel de "maestra en humanidad", compartiendo y universalizando contenidos éticos, referidos a la comunicación, y accesibles aun a los no cristianos. Respetando la autonomía de una ética de la comunicación social, basada en fundamentos antropológicos compatibles con los valores cristianos, el ideal del kerigma cristiano no puede quedar, sin embargo, encerrado en principios morales y en una legislación casuística, ya que apunta al horizonte de "ser perfectos como lo es Dios" (Mt. 5, 48; Lc. 6, 36) (DP 552).

No compete a la Iglesia, como institución, detallar estrategias y tácticas en el terreno económico, social, político y comunicacional, porque su acción no está específicamente en esos campos. Pero dentro de su perspectiva teológico-pastoral puede y debe asumir opciones y proponer orientaciones para que con eficacia evangélica se superen las raíces de aquellas situaciones de pecado, que representan una ruptura con Dios y el hermano.

Es misión de la Iglesia discernir sobre aquello que afecta el desarrollo de la vida cristiana y alentar a sus miembros a buscar las mediaciones que posibiliten una comunicación más propicia para la comunión de los hombres entre sí y con Dios.

Y es tarea de toda la comunidad cristiana hacerse responsable de las opciones concretas y de su efectiva actuación para responder a las interpelaciones que las cambiantes circunstancias le presentan (DP 473).

Los anteriores fundamentos teológicos pueden incidir en la práctica a través de la mediación de una ética social de la comunicación, que sirva de guía práctica para el cristiano, no solamente para vivir coherentemente "en la sociedad" sino también para proyectar la "opción evangélica" sobre las realidades, pues "nuestra conducta social es parte integrante de nuestro seguimiento de Cristo" (DP 476).

Si el Evangelio y la reflexión teológica no ofrecen inmediatamente fórmulas para la acción práctica en cada circunstancia, y por ello requieren de la ética para su entera funcionalidad, también es cierto que la ética requiere de aquellas como horizonte de referencias significativas (DP 472).

En esta perspectiva le compete a una ética de la comunicación social estar atenta para el discernimiento crítico de aquellos modelos, normativas y códigos que utilizan los valores morales para justificar estructuras injustas, como proponer proyectos alternativos globales que contribuyan a la creación de nuevos modelos más humanos de convivencia.

Entre los rasgos principales de un compromiso cristiano en materia de comunicación social podemos resaltar los siguientes:

- Despertar la conciencia de los hombres latinoamericanos en el derecho a la comunicación.
- Esforzarse por construir una sociedad cuya comunicación privilegie el ser sobre el tener, poder, sexo y placer, evitando idolizaciones que oprimen al hombre y atentan contra su dignidad.
- Promover el diálogo -no solo entre personas, sino entre grupos, culturas y pueblos- como perfil ideal de todo proceso de comunicación y evangelización.
- Favorecer la libertad de expresión y de información en un marco de participación responsable.
- Ejercer la autoridad como servicio que facilite relaciones interpersonales, grupales y sociales dentro de los criterios de justicia, fraternidad e igualdad.
- Trabajar por la superación de los graves desequilibrios en el acceso y participación, que tan sólo favorecen a determinados intereses políticos económicos e ideológicos, y obstaculizan la

reciprocidad social, necesaria para la realización de la dignidad, como dueños corresponsables del destino común (DP 335).

Las diversas instancias sociales, y particularmente la Iglesia, están llamadas a promover la realización de modelos más justos y participativos no sólo por la vía de la concientización sobre el derecho a la Comunicación (DP 1077), sino también por el establecimiento de pautas dialógicas en sus ámbitos propios de acción (DP 1079, 1090).

4.2 Coherencia pastoral

La acción evangelizadora y liberadora de la Iglesia, dada la complejidad creciente de la sociedad, necesita ser organizada con base en unos principios que le permitan expresar más coherentemente sus mensajes y actitudes ante el mundo y a la vez abrirse a las condiciones concretas del hombre latinoamericano (DP 1222). Esto requiere en primer lugar ciertos criterios generales que guíen la acción de acuerdo a la misión y espíritu de la iglesia en medio de las diversas y cambiantes circunstancias.

Ante todo, si la pastoral comunicacional ha de ser congruente con el Espíritu que impulsa a la comunión, ha de fundarse en un modelo dialógico, que realice la unión de la verdad con la caridad. Atendiendo a su carácter dialógico deberá planificarse en un proceso de participación de todos los sectores y niveles de Iglesia.

Su metodología tendrá en cuenta la escucha de los signos de los tiempos, el análisis de la realidad a la luz del Evangelio, que es una forma de acercarse a las necesidades de los evangelizandos, y por fin, la determinación de las prioridades y medios más aptos para la acción evangelizadora.

En la determinación de las prioridades y medios tendrá en cuenta la triple dimensión intrapersonal, interpersonal y social que implica todo proceso de comunicación sea grupal o masivo. Estas tres dimensiones deben proyectarse en todas las áreas o campos de la pastoral comunicacional.

La organización y ejecución requiere de un espíritu de cooperación en el que sean posibles una participación libre y responsable. Tanto la comunidad eclesial como los organismos ejecutores y sus mecanismos de interrelación, han de estar penetrados de los valores evangélicos de comunión y participación (DP 1308).

Dentro de esta perspectiva dialogal, imprescindible para una planificación pastoral orientada a la comunión, se abren a la Iglesia dos grandes campos: la comunicación pastoral propia de la Iglesia y el servicio pastoral al mundo de la cultura y la comunicación humana. Obviamente en cada uno de estos campos pueden establecerse estrategias que abarquen la triple dimensión interpersonal, grupal y masiva. De ahí que la problemática del uso de los medios de comunicación social de carácter masivo sea también susceptible de ser tratada con un doble enfoque según sea el campo de acción.

La primera, pastoral de la comunicación, por la cual la Iglesia ha de preocuparse es la comunicación dentro de sí misma con una conversión real al diálogo entre sus miembros y en diversas instancias: centros de comunicación y participación (familia, CEB, Parroquia), agentes de comunión y participación (misterio jerárquico, sacerdotes, vida consagrada, institutos seculares, laicos). (DP Cap. 1-11).

La Iglesia testimonia la necesidad e importancia del diálogo, creado en su seno, particularmente a través de los medios que le son propios: liturgia, catequesis, educación, comunicación social.

Dentro de esta misma estrategia, si bien la Iglesia de América Latina ha hecho en los últimos años muchos esfuerzos en favor de una mayor comunicación en su interior, ella misma reconoce que, en muchos casos, lo realizado hasta ahora no responde plenamente a las exigencias del momento.

En nuestra Iglesia latinoamericana hay todavía insuficiente aprovechamiento y utilización incompleta de los propios medios o de los influenciados por ella, y a menudo los medios propios no están integrados entre sí ni en la pastoral de conjunto (DP 1076).

Para la selección y uso de los diversos medios de comunicación la Iglesia se inspira en los criterios evangélicos del mayor servicio en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres en una línea de personalización y de comunión.

El segundo campo pastoral es el del servicio al mundo de la cultura y de la comunicación, por el cual la Iglesia, institucionalmente o a través de sus miembros particulares, establece la relación dialogal con la humanidad. La Iglesia, fiel al tesoro de verdad y de gracia (1 Tim. 6,20), se hace palabra, mensaje y, sobre todo, coloquio (ES. 49).

En esta perspectiva cabe distinguir por una parte el derecho a comunicar el mensaje a través de los diversos medios, que asiste a la Iglesia, en la sociedad, ya que al comunicar acerca de su vida y fe, no está sino ejerciendo sus derechos humanos a la libre expresión y a la libertad religiosa (HTC 254), y, por otra parte, el reto evangélico de inspirar con valores cristianos la cultura en la que se desenvuelve y las estructuras y modos de comunicación correspondientes.

Este diálogo múltiple de salvación, aunque es anuncio de verdad irrenunciable y de salvación indispensable, no se presentará armado de coacción externa sino respetando siempre la libertad personal y civil (ES, 54).

Los caminos legítimos de ese servicio al mundo de la cultura y de la comunicación marchan a través de la educación humana, de la capacitación crítica, de la persuasión interior, de la conversación ordinaria, del intercambio grupal y de la comunicación social en libertad. Tales formas de relación deben manifestar un propósito de corrección, de estima, de simpatía, y de bondad, excluyendo la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, de forma que se busque el provecho de los destinatarios, invitados a una comunión más plena de sentimientos y convicciones (ES 57).

La Iglesia, a partir de sus orientaciones éticas, ha de propiciar aquellos modelos y políticas de comunicación que favorezcan una auténtica participación, basada en el respeto profundo a la dignidad humana y a su derecho a la comunicación. Consecuentemente, cuando las manipulaciones de los poderes económicos y políticos obstaculicen el diálogo social, la Iglesia ha de excluir fingimientos y engaños, denunciando como delito y ruina las relaciones desequilibradas, basadas en el predominio abusivo, y amparando el derecho a la comunicación de aquellos sujetos, grupos y pueblos que no tienen voz (HTC 309) (DP 417).

La Iglesia no ignora las formidables potencialidades de las nuevas tecnologías de difusión, la desproporción entre lo que ella es y la población que desearía atender, pero conoce los límites de sus fuerzas, y sabe también que la buena acogida del Evangelio no depende, en fin de cuentas, de algún esfuerzo apostólico suyo o de alguna circunstancia de orden temporal, ya que "la fe es un don de Dios, y Dios señala en el mundo las líneas y las horas de su salvación" (ES 70). De ahí que una pastoral comunicacional, sea interna o externa a la Iglesia, no puede perder la referencia trascendente sea en la oración o en la acción hacia Aquel que es la fuente de todo don.

4.3 Vida litúrgica y comunicación

Si bien toda la vida es un culto a Dios y un himno para su gloria (Ef. 1,14; Col. 1, 12), a través de la liturgia propiamente dicha se celebra la inmensa gracia de Dios, quien gratuitamente, no por arbitrariedad sino por bondad, nos llama a ser su Pueblo.

En la liturgia, que es comunicación (DP 1086), se celebran la iniciativa salvífica, absolutamente libre por parte de Dios, y la respuesta agradecida y comprometida del hombre. Cuando faltan la interpelación de Dios y la asunción libre de su mensaje, la liturgia se vacía hacia la evasión o hacia la manipulación (DP 902).

En cuanto respuesta humana a la iniciativa de Dios, la expresión litúrgica ha de ser significativa, es decir, ha de asumir los componentes simbólicos enraizados en cada pueblo, para que Dios sea glorificado en la multiforme riqueza de las culturas a través de las respuestas conscientes y libres de la comunidad. (DP 898).

El encuentro de los hermanos ante el Padre, como fiesta de comunión eclesial y como respuesta común, ha de tener en cuenta la función expresiva y aun emotiva de estos encuentros, así como la creatividad de los participantes, si bien evitando las arbitrariedades y los abusos (DP 936, 939, 940).

Las Iglesias particulares en el marco de la normativa universal en la materia, introducen en la liturgia los recursos que faciliten una mayor y más adecuada participación en los actos según sus condiciones y posibilidades (DP.1086).

La comunicación litúrgica, realizada en sentido pleno en la celebración eucarística (Heb. 8, 2), y en los otros sacramentos que prolongan el diálogo de salvación en las diversas situaciones vitales de cada persona y comunidad, ha de tener también en cuenta las condiciones que imponen la dimensión de los grupos, el grado de heterogeneidad psicológica y social, y las mediaciones técnicas.

La potencialidad de los medios de comunicación masivos para difundir estas experiencias puede ser fructuosamente aprovechada (DP 949), siempre que se respeten la especificidad de los símbolos expresivos más aptos para comunicar la relación con Dios y los códigos o recursos más adecuados a las exigencias de cada medio (1 Encuentro de Liturgia, Radio y Televisión, Apucarana 1974; Bs, 242).

La conveniencia de la transmisión de las acciones litúrgicas ha de ser cuidadosamente analizada y preparada, entre agentes de pastoral litúrgica y de pastoral comunicacional, para que las representaciones sean dignas de los misterios celebrados, faciliten la participación y susciten la experiencia religiosa en los perceptores.

Es particularmente importante encarnar las acciones litúrgicas en la situación de las respectivas comunidades, nacionales, diocesanas o locales, de modo que los perceptores tomen conciencia de los problemas de la Iglesia y se muevan a asumir sus responsabilidades de cristianos. (11 Encuentro de Liturgia, Radio y Televisión, Porto Alegre, 1976; Bs, 258).

Dada la situación abierta en que hacen a menudo las transmisiones, la forma de relacionarse con los perceptores ha de ser concorde con la actitud de quien respeta la dignidad del interlocutor y busca su provecho con el fin de disponerlo a una comunión humana y cristiana (ES 57).

Debido a las alteraciones que sufren las acciones litúrgicas en los medios de comunicación social (cierta despersonalización, distanciamiento físico de la comunidad eclesial, etc.), la Iglesia ha establecido algunas normas, especialmente acerca de la participación en la Eucaristía a través de

tales medios. Pero, si bien la "presencia electrónica" no es considerada suficiente para una participación eucarística total, se abren horizontes nuevos hacia la comprensión de las comunidades, que en el futuro reciente estarán vinculadas por intensas redes electrónicas y telemáticas.

La solicitud por acercarse a los medios de comunicación social no debe traducirse en una atenuación o disminución de la verdad evangélica. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso con nuestra fe, que convierta la Buena Nueva en otro producto ambiguo para el consumo o en un mensaje justificativo de situaciones éticamente inadmisibles.

Ya que la liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia (DP 934), sus acciones deben remitir a un compromiso vital, *como* culminación de su sentido pleno (DP 942). La expresión litúrgica será plenamente significativa y eficaz cuando los signos del culto se ratifiquen con la verificación del testimonio de la vida cristiana, al ejemplo de Cristo (DP 968).

De esta forma el verdadero testimonio cristiano, coherente con una ética de liberación para la comunión y congruente con la Buena Nueva, completará la manifestación de las obras que Dios realiza en los hombres. Pues hoy y mañana en América Latina los cristianos, en nuestra calidad de Pueblo de Dios, enviados para ser germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación, necesitamos ser una comunidad que viva la comunión de la Trinidad y sea signo y presencia de Cristo muerto y resucitado que reconcilia a los hombres con el Padre en el Espíritu, a los hombres entre sí y al mundo con su Creador: "Todo es vuestro y vosotros de Cristo y Cristo de Dios" (1 Cor. 3,23).

5. Ejercicios para la reflexión y la acción

El objetivo de estos ejercicios es el de promover la reflexión personal y de grupos sobre los aspectos más relevantes de la comunicación a la luz de la Palabra de Dios y con la mira puesta en la práctica.

5.1 Signos de Comunicación e Incomunicación en América Latina

Busque en los documentos de Medellín y Puebla los rasgos que reflejan la comunicación o incomunicación en los diversos niveles humanos: necesidades vitales, psicológicas, familiares, laborales, sociales, políticas y religiosas.

Cfr. Medellín: Promoción humana: Justicia (1), Paz (2); Puebla; Visión sociocultural de la realidad latinoamericana. Primera Parte, Capítulo II.

5.2 Comunicación e Incomunicación Intraeclesial

Partiendo del documento de Puebla y teniendo en cuenta su experiencia personal o de grupo, examine los factores que propician la comunicación o la incomunicación en las siguientes instancias:

- a) Centros de Comunicación y participación (Familia, Comunidades Eclesiales de Base –CEB-, parroquias).
- b) Agentes de comunión y participación (Jerarquía, Vida Consagrada, Laicos).
- c) Medios para la comunión y participación (Liturgia y Piedad Popular, Catequesis, Educación, comunicación social).

Cfr. Puebla: La Evangelización en la Iglesia de América Latina: Comunión y Participación. Tercera Parte, Capítulos I, II y III. (Se recomienda centrarse en uno de los puntos en el que el grupo tenga mayor experiencia, sobre todo por su trabajo específico).

5.3 Comunicación e incomunicación en los destinatarios principales

A la luz de los datos de la realidad y de las indicaciones de Puebla, señalar las necesidades comunicativas que se hallan:

- a) Entre los pobres
- b) Entre los jóvenes
- c) Entre los constructores de la Sociedad Pluralista, en la Sociedad Nacional e Internacional.

Cfr. Puebla: Iglesia Misionera al Servicio de la Evangelización de América Latina. Cuarta Parte. Capítulos I, II, III y IV.

5.4 Cristo, el perfecto Comunicador y Perceptor

Analizar la conducta comunicadora de Jesús en diversos pasajes del Evangelio. Véase por ejemplo la siguiente pauta:

a) Actitud respecto al interlocutor:

- Cercanía y respeto (Mt. 9,9; Lc. 6, 15; Jn. 7,37; 8,15; Lc. 19,1).
- Propósito desideologizador (Mt. 5,21; 23,4; Mc. 2, 27; 7,15; Lc.14,1; Jn. 8,15).

b) Actitud respecto al mensaje y estilo:

- Lenguaje directo y situado (Lc. 15,32; 15,7; Mt. 13,44; véanse las parábolas y su contexto).
- Interpelador: (Lc. 10, 29; 10,36-37).
- Diálogo: (Jn.2, 1;3,2;4,1;9,2).

c) Actitud respecto a sí mismo:

- Coherencia interna:.(Jn. 8, 29; Mt. 5, 37; 12,6).
- Audacia (Jn. 7, 14-25; 18,19-21).
- Valentía (Jn. 10, 17; 11,6-10; 18,36; Hch. 3, 15).

d) Trascendencia de su comunicación:

- De lo personal a lo universal (Jn. 2, 25; Mt. 10,47).
- Desde los pobres a todo el mundo (Mt. 13,55; Lc. 4,18; Mt. 5, 3; 7,23;13,55).

e) Sus medios de comunicación:

- Comunicación natural y artificial: (Mt. 22, 1; 21,42; Lc. 4, 18; Mc. 7, 37; Jn. 9, 6; Mt. 26,26).
- Comunicación personal, grupal y masiva: (Jn. 3,1;Mat. 12,9;Mt.13, 54; Lc. 13, 10; Jn. 18,20;Mc.6,20; Lc.7,1; 19,48;20,41).

f) Meta de su comunicación: (Jn. 6, 63; 9, 5; Mt. 21,42).

g) Modelo de perceptor:

- Jesús: (Jn.3, 1; Lc. 10, 29; 16; 7, 11).
- María: (Lc. 1, 27; 2,51; 1,46.55)

h) Fracaso de la comunicación:

- Pueblo y parientes: (Mc. 6,4; Lc. 1,58; Jn. 1,5)
- Autoridades políticas y religiosas: (Jn. 18, 14; Lc. 23,11 ss).
- Discípulos: (Lc. 22, 3; 22, 48; Jn. 18,3)

5.5 La Iglesia, signo de comunión universal

A partir de la Misión encomendada por Cristo a la Iglesia y teniendo en cuenta las tendencias del comportamiento de su Maestro, evaluar las diversas instancias eclesiales y su acción comunicativa:

- a) ¿Nuestra Iglesia (Comunidad Eclesial de Base, Parroquia. . .) es signo de comunión como las primeras comunidades? (Cfr. Hch. 4, 41-42; 5, 32-35).
- b) ¿Anuncia integralmente el Evangelio a todos con preferencia por los más pobres y sencillos? (Lc. 4,18; Mt. 5, 3; 12,48).
- c) ¿Denuncia libremente el pecado personal o social y desenmascara, como Jesús, los mecanismos que sojuzgan la Verdad al imperio del dinero (Jn. 12, 3-6), al poder abusivo (Jn. 7,47 -53) y que rechazan abiertamente el Reinado de Dios (Jn. 19, 12-15)?.
- d) ¿Se advierten en el entorno algunos signos de su eficacia liberadora? Señale algunos signos de participación que lleven a una efectiva comunicación y comunión.
- e) De los rasgos anteriormente enumerados sobre la conducta comunicadora de Jesús, ¿Cuáles son los que se manifiestan mejor en nuestra Iglesia? y ¿qué deficiencias son notorias?
- f) De acuerdo al modelo de Jesús y María, perceptores, ¿hay en nuestra Iglesia interioridad para escuchar y meditar la Palabra de Dios? ¿se escuchan las inspiraciones de todos sus miembros? ¿hay sensibilidad para oír los clamores de los más necesitados? ¿cómo se discierne la voluntad de Dios?

Siglas

AAS Apostolicam Actuositatem

CEB Comunidades Eclesiales de Base

DP Documento de Puebla

DV Dei Verbum

EN Evangelii Nuntiandi

HTC Hacia una Teología de la Comunicación (Metzinger, Luciano, org. (1983) *Hacia una teología de la comunicación en América Latina*. Bogotá. DECOS-CELAM)

LG Lumen Gentium

M Documento de Medellín